

subalterno que el presidente había designado á sus colegas en la montaña, la distancia dictatorial que guardaba en la marcha, el afán de la multitud hácia las ideas religiosas, desde donde aquel pueblo ligero podía naturalmente deleitarse en las supersticiones antiguas; el mismo nombre de Robespierre que se asociaba á la proclamación del Sér Supremo, consagrándose así en el espíritu de la nación por la divinidad del dogma que restituía á la república; en fin, la misma idea de aquella restauración de la inmortalidad que repugnaba á aquellos aficionados á la nada, y por cima de todo, el poderoso ascendiente de un hombre que plantaba su popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nación como pontífice, para apoderarse tal vez al siguiente día como César; todas estas ideas, todos estos deseos, todos estos temores, todas estas ambiciones, murmurados al principio sordamente de oído en oído, concluyeron por una murmuración inmensa y un descontento manifiesto. Miradas amenazadoras, acciones sospechosas, palabras equívocas, máximas de doble sentido, hirieron los ojos y los oídos de Robespierre á su vuelta desde el Campo de Marte á las Tullerías. «Desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso», — le gritaba uno. «Aún hay Brutos», — balbuceaba otro. «¿Ves ese hombre?—decía un tercero.—Ya se cree Dios, y quiere acostumbrar á la república á que adore alguno, para hacerse adorar despues.» «Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo, —añadía otro.—Quiere ser su sacrificador.» «¡También podrá ser su víctima!»

• Aquellas conversaciones en voz baja y aquellos sordos apóstrofes persiguieron á Robespierre hasta la Convención. Fouché, Tallien, Barère, Collot-d'Herbois, Lécointre, Leonard Bourdon, Billaud-Varenes, Vadier y Amar aprovecharon aquella oposición naciente para agitar sus resentimientos y convertirla en sublevación. Lloraban por la tiranía próxima de un hombre que disfrazaba tan poco su insolencia con la Convención, que lisonjeaba las preocupaciones más inveteradas del pueblo, que ponía la revolución de rodillas, y que se situaba entre la nación y Dios para situarse mejor entre la Convención y el pueblo. Sus palabras entraban como dardos envenenados en todas las almas. Robespierre acababa de perder su prestigio y despojarse de su popularidad sobre el mismo altar en donde había restituido el Sér Supremo. Aquel día le engrandeció en el pueblo y le arruinó en la Convención. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de evocar contra sí mismo, y entró pensativo en su morada. Todo el día fué acosado por felicitaciones anónimas. Veían el restaurador de la justicia en el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas debajo de sus ventanas le daban gracias por haber devuelto un alma al pueblo y un Dios á la república. Muchos de aquellos billetes no contenían más que esta palabra: *¡Atrevedos!*

En efecto, aquél era para Robespierre el momento de atreverse. Si á la vuelta de la ceremonia de la mañana hubiese provocado por algunas insinuaciones directas la explosión del amor del pueblo, que no pedía otra cosa sino estallar; si las diputaciones de algunas secciones, arrastrando tras sí la multitud flotante, hubiesen venido á pedir á la Convención el establecimiento de un poder unitario y regulador en la persona de su favorito, la dictadura ó la presidencia se habría votado por aclamación en Robespierre; si él hubiese tenido la audacia de proclamar concluido el poder revolucionario, el poder popular empezado, y abolidos los supli-

cios, habría reinado desde el siguiente día, arrojado sobre sus enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia, y salvado la república, que iba á perder por su indecisión. Nada hizo. Se dejó acariciar por aquellos soplos vagos de favor público, y no asieron sus manos más que viento.

VI

Saint-Just quería más. Viendo que él no podía decidir á Robespierre á que tomase el mando supremo de manos del pueblo, resolvió hacerlo decretar por el comité de salud pública. Saint-Just tenía presente á César haciéndose ofrecer la corona, estaba dispuesto á negar á Antonio si el Circo murmuraba, y pronto á ceñirla si el pueblo aplaudía.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, manifestó en una sesión secreta un cuadro desesperado del estado de la república. «El mal está en su colmo,—dijo el jóven representante;—la anarquía nos despedaza, las leyes con que inundamos á Francia no son sino armas de muerte que aguzamos entre las manos de todas las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos ó en los departamentos es un rey en su provincia; reinan, y nosotros aquí no somos sino vanos simulacros de la unidad. La sangre rebosa, el oro se oculta, las fronteras están descubiertas, la guerra se hace sin método, y nuestras mismas victorias no son más que gloriosas casualidades que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos entre nosotros mismos; cada facción, devorándose, devora á la patria. ¿Podemos dejar así flotar de este modo de mano en mano la república, sin que caiga al fin en horror del pueblo y en desprecio de los reyes? Tantas convulsiones, ¿no deben conducir al desfallecimiento ó á la fuerza? ¿Queremos vivir, ó queremos morir? ¿La república vivirá ó morirá con nosotros! No hay más que un remedio para todos, que es la concentración de un poder incoherente, disperso y destrozado por tantas manos como facciones ó ambiciones hay entre nosotros. Esta es la unidad del gobierno personificado en un hombre. Pero ¿quién será, me direis, ese hombre tan elevado por cima de las debilidades y de las sospechas de la humanidad para que la república se incorpore en él? Lo confieso, el papel es sobrehumano, la misión terrible y el peligro inminente, si nos engañamos en la elección. Es necesario que este hombre tenga el genio de la época en su cabeza, las virtudes de la república en sus costumbres, la inflexibilidad de la patria en su corazón, la pureza de los principios en su vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en su alma; es necesario que haya nacido para la vida pública el mismo día que la revolución, que haya seguido paso á paso todas sus fases, engrandeciéndose siempre en patriotismo y en virtud; es menester que tenga un hábito consumado de los hombres y las cosas que se agitan hace cinco años en la escena; es necesario, en fin, que haya conquistado una popularidad soberana, que haga decretar ántes que nosotros, por la voz pública, la dictadura que nosotros no harémos más que señalar sobre su frente. En el retrato de semejante hombre, ninguno de vosotros dejará de nombrar: ¡Robespierre! Sólo él reúne, por el genio, por las circunstancias y por la virtud, las condiciones que pueden legitimar la absoluta confianza de la Convención y del pueblo. Reconozcamos nuestro remedio en él, sometamos á la necesidad visible de él nuestro amor propio, nuestros deseos y nuestras repug-

nancias. No he sido yo el que ha nombrado á Robespierre, ha sido su virtud. ¡No somos nosotros los que nombramos un dictador, es la Providencia de la república!»

Tal fué el sentido de las palabras de Saint-Just. A estas palabras, todos los semblantes se contrajeron, nadie se atrevió á poner en discusion el genio ó la virtud de Robespierre. Todos apartaron respetuosamente la idea de Saint-Just, como un sueño de la fiebre del patriotismo que turba la razon más firme y que hace buscar la salud en el suicidio. «Robespierre es grande y sabio, —exclamaban,— pero la república es más grande y más sábia que un hombre. La dictadura sería la señal del desaliento; ningun hombre la conseguirá en tanto que respiren los republicanos.» Saint-Just quiso en vano insistir; Lebas en vano quiso explicar el pensamiento de su colega; los comités se separaron inquietos, irritados, pero advertidos. La imprudencia de Saint-Just se imputó por crimen á Robespierre. «No se pide el poder supremo, —dijo Billaud á sus amigos,— se toma. Que se apodere, si se atreve.» Desde aquel dia, los comités alimentaron contra Robespierre sospechas que estallaban muchas veces en murmuraciones y violencias en el misterio de sus consejos.

Sin embargo, al siguiente dia de la fiesta del Sér Supremo, la Convencion, impulsada por Robespierre y sus amigos, empezó á dictar una porcion de decretos concebidos en el verdadero espíritu de la revolucion. La Convencion, que se habia calmado por un momento, parecia querer señalar por algunas leyes benéficas la inspiracion de fraternidad que habia atraído de las ideas filosóficas sobre la república. Sus leyes, durante algunos dias, participaban de la emocion como el corazon humano. Las presentamos reunidas para que á la vista se conozca mejor su tendencia. No pudiendo establecer violentamente la igualdad democrática por la destruccion y la nivelacion de la propiedad, propendia á crearla por medio de la caridad política, haciendo del Estado lo que debia ser: la Providencia visible del pueblo. Tomó prestado de lo superfluo de la riqueza lo que le faltaba en los impuestos y subsidios para socorrer, alimentar é instruir á la indigencia. Realizó en fraternidad práctica la fraternidad teórica de su principio, haciendo una sola familia de la nacion. Creó la Escuela de Marte, una institucion á la vez democrática y militar, en donde el ejército debia á la vez reclutar sus oficiales entre todos los hijos de la nacion. Declaró que la mendicidad era una acusacion contra el egoísmo de la propiedad y contra la imprevision del Estado. Honró al trabajo en sus decretos. Recogió á la niñez, educó á la juventud y alimentó á la vejez. Curó á los enfermos á costa del tesoro. Abolió la miseria y distribuyó las propiedades nacionales en lotes proporcionados á los pequeños capitales, para impulsar á la propiedad al cultivo del suelo. Clasificó la poblacion. Declaró sagrados á los desgraciados. Abrió asilos para las mujeres embarazadas, señalando socorros á las que criaran á sus hijos, subsidios á las familias numerosas que el trabajo del padre no alcanzaba á alimentar. Regularizó el impuesto de los pobres, haciéndolo un deber de la propiedad. Se esforzó en crear el único comunismo verdadero y compatible con la propiedad, que es el instinto vital de la familia, sacando por medio del impuesto lo superfluo del rico propietario, para distribuirlo en grandes salarios á los proletarios por mano del Estado. Creó talleres para los trabajadores á quienes faltase trabajo. Sustituyó á los hospitales, verdaderas casernas de moribundos, visitas de



Fiesta del Sér Supremo, en el Campo de Marte.
Pág. 421.

médicos y entrega gratuita de medicamentos á domicilio para no contristar el espíritu de la familia y el amor al hogar. Adoptó á los niños huérfanos. Señaló pensiones y honores á las esposas, á las madres y á las hijas de los defensores de la patria muertos ó heridos en defensa de la nacion. Ordenó roturaciones de los terrenos incultos, favoreciendo á los habitantes del campo á expensas de las poblaciones, receptáculos de ociosidad, de lujo y de vicios, que queria reprimir. Animó las artes y ciencias útiles. Abrió el gran libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber, y la caridad en institucion.

Leyendo todos estos decretos el pueblo, empezaba á creer que habia conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo habia eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimanar de la victoria y transformarse en gobierno. Sólo el cadalso contrastaba con aquéllas aspiraciones.

VII

Robespierre manifestaba siempre en secreto el deseo de abolirle, pero no podia, segun decia, abolir el Terror sino por un terror más grande. Instruido, por las

murmuraciones que habian estallado en torno de él en la festividad del Sér Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de los comités contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 Prairial, dos dias despues de la ceremonia del Sér Supremo, propuso inopinadamente á la Convencion, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganizacion del tribunal revolucionario. Aquel proyecto draconiano no habia sido comunicado sino en parte á los comités. Era el código de la arbitrariedad, sancionado en cada disposicion por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoria de los enemigos del pueblo se comprendia á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convencion, que una sospecha pudiese alcanzar. No habia inocencia en la nacion, ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruàmps, despues de haber oido el proyecto de decreto, exclamó: «Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos». Barere, á quien semejante audacia en la proposicion del decreto del 22 Prairial habia convencido de la fuerza de Robespierre, defendia la necesidad. Bourdon de l'Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesion permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones,—dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton,—votamos en el acto. Estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convencion de que habia votado su propia perdicion. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecia á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton; su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesion del siguiente dia, Bourdon de l'Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convencion se explicase sobre lo que habia entendido hacer el dia ántes, y que se reservase sólo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros. Merlin apoyó á Bourdon de l'Oise. Se adoptó una explicacion del decreto que desarmaba á Robespierre y á los comités.

En la sesion siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisonjeó á la Convencion, tranquilizó á los comités y atacó á Bourdon de l'Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?»—exclamó. Bourdon de l'Oise se excusó con orgullo. «Sepan — dijo — los miembros de los comités que, si son patriotas, nosotros lo somos tanto como ellos. Aprecio á Couthon, estimo al comité, pero estimo tambien á la firme Montaña que ha salvado á la libertad.»

Robespierre se levantó irritado. «Los discursos que acabais de oír prueban la necesidad de explicarse más claramente,—dijo.—Bourdon ha tratado de separar al comité de la Montaña. La Convencion, el comité y la Montaña es la misma cosa. (Aplausos). Ciudadanos, cuando los jefes de una faccion sacrilega, los Brissot, los Vergniaud, los Gensonné y demas malvados de quienes el pueblo frances no

pronunciará nunca el nombre sin horror, se pusieron á la cabeza de una parte de esta augusta Asamblea, fué sin duda el momento en que la parte pura de la Convencion debia reunirse para combatirlos. Entónces el nombre de la Montaña, que les servia como de asilo en medio de aquella tempestad, fué sagrado porque designaba la porcion de los representantes del pueblo que luchaba contra la mentira; pero desde el momento que estos hombres han caido bajo la cuchilla de la ley, desde el momento en que la probidad, la justicia y las costumbres se han puesto al órden del dia, no puede haber más que dos partidos en la Convencion: los buenos y los malos. Si tengo el derecho de dirigir este lenguaje á la Convencion en general, creo tener tambien el de dirigirla á esta Montaña célebre á la que no soy sin duda extraño. Creo que este lenguaje que sale de mi corazon vale tanto como el que sale de la boca de otro. Sí, montañeses, vosotros sereis siempre el baluarte de la libertad pública, pero nada teneis de comun con los intrigantes y los perversos, cualesquiera que ellos sean. La Montaña no es otra cosa que la altura del patriotismo. Un montañés no es otra cosa que un patriota puro, razonable, sublime. Sería ultrajar á la Convencion sufrir que algunos intrigantes más despreciables que los otros, porque son más hipócritas, se esforzasen en arrastrar á una porcion de esta Montaña y hacerse jefes de partido.» Bourdon de l'Oise, interrumpiendo al orador, dice: «Jamás ha sido mi intencion hacerme jefe de partido». «Eso sería el exceso del oprobio,—repuso Robespierre con más fuerza,—que algunos de nuestros colegas, extraviados por la calumnia sobre nuestras intenciones y sobre el objeto de nuestros trabajos...» Bourdon de l'Oise dice interrumpiéndole: «Pido que se pruebe lo que se está diciendo. Se acaba de decir claramente que yo soy un malvado». «Pido en nombre de la patria,—repuso Robespierre—que se me conserve el uso de la palabra. Yo no he nombrado á Bourdon de l'Oise. ¡Desgraciado el que se nombre! Pero si él quiere reconocerse en el retrato general que el deber me ha obligado á trazar, no está en mi poder impedirlo. Sí,—continuó con un tono más amenazador,—la Montaña es pura, es sublime, pero los intrigantes no pertenecen á la Montaña.» Muchas voces exclaman: «¡Nombradlos, nombradlos!» «Yo los nombraré cuando sea necesario»,—replica Robespierre. Y continúa trazando el cuadro de las intrigas que trabajaban á la Convencion. «Venid en nuestro socorro,—dijo al concluir;—no permitid que se nos separe de vosotros, porque somos una parte de vosotros mismos, y nada somos sin vosotros. Dadnos fuerza para sobrellevar la penosa carga que nos habeis impuesto. Permanezcamos siempre unidos, á pesar de nuestros comunes enemigos...»

Los aplausos de la mayoría de la Convencion no le permitieron acabar. Se pidió que el decreto fuese puesto á votacion. Lacroix, Merlin y Tallien se retractaron. Robespierre desmintió á Tallien sobre un hecho de espionaje de los comités que éste acababa de denunciar á la Convencion. «El hecho es falso,—dijo Robespierre;—pero lo que es verdad es que Tallien es uno de los que hablan sin cesar con espanto de la guillotina, como cosa que les concierne, para inquietar y envilecer á la Convencion.» «La impudencia de Tallien es extrema,—añadió Billaud-Varennes;—miente con increíble audacia; pero, ciudadanos, nosotros permaneceremos unidos, los conspiradores perecerán, y se salvará la patria.»

El comité y Robespierre, unidos por un peligro comun, se reunieron momentáneamente en aquella sesion para arrancar á viva fuerza á la Convencion el arma

que debía diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo. En aquella misma noche, Tallien, que temblaba por su vida, escribió una carta confidencial á Robespierre en la que se le humillaba. Esta carta no se encontró entre los papeles de Robespierre sino despues de su muerte. En ella se manifiesta el poder del dictador y el servilismo del representante.

«Robespierre,—le decía Tallien,—las terribles é injustas palabras que has pronunciado resuenan aún en mi ulcerada alma. Vengo con la franqueza de un hombre de bien á darte algunas aclaraciones. Algunos intrigantes que quieren ver divididos á los patriotas te rodean hace tiempo y te previenen contra muchos de tus colegas, y sobre todo contra mí. No ha sido la primera vez que se ha usado este medio. Debe recordarse mi conducta en un tiempo en que pude ejercer bastantes venganzas. Me refiro á tí mismo, Robespierre; no he cambiado ni de principios ni de conducta; constante amigo de la justicia, de la verdad y de la libertad, yo no me he desviado un solo momento de estos objetos. En cuanto á las intenciones que me suponen, las niego. Sé que se me ha pintado á los ojos de los comités y á los tuyos como un hombre inmoral. Pues bien, que vengan á mi casa, y me encontrarán con mi anciana y respetable madre en la habitacion que ocupá-bamos ántes de la revolucion. No tengo ningun lujo, y á excepcion de algunos libros, no se ha aumentado ni con un sueldo lo que ántes poseia. He podido cometer sin duda algunos errores, pero són involuntarios é inseparables de la debilidad humana. Hé aquí mi profesion de fe, de la que nunca me separaré: es un mal ciudadano el que detenga la marcha de la revolucion. Tales son, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos, pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.» Robespierre despreció esta carta y no respondió á ella. No estimaba mucho á Tallien para creer que semejante pluma pudiese convertirse nunca en puñal. En revolucion, jamás se desconfía bastante de los hombres serviles. Ellos solos son un peligro.

VIII

Algunos dias despues, Robespierre, en los Jacobinos, no atacó con menor imprudencia á un hombre más flexible y más temible aún que Tallien: éste era Fouché. Le hizo excluir de la sociedad por haber predicado el ateismo en Nevers. «¿Teme este hombre aparecer ante vosotros?—dijo.—¿Teme los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su triste figura presente el crimen en rasgos visibles, que seis mil miradas fijas sobre él descubran en sus ojos su alma entera, y que á pesar de la naturaleza que los ha ocultado, se lean sus pensamientos?»

Los odios que se acumulaban de todas partes contra él, empezaban á fermentar más descubiertamente en el seno de los comités. Robespierre, Couthon y Saint-Just les pedian imperiosamente que se sirviesen del decreto que habian obtenido para enviar al tribunal revolucionario los hombres que agitaban á la Convencion. Aquellos hombres eran principalmente: Fouché, Tallien, Bourdon de l'Oise, Freiron, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barras, Legendre, Cambon, Leonard Bourdon, Duval, Audouin, Carrier y José Lebon. Indecisos los comités, dudaban. Couthon apeló á los Jacobinos. «Las sombras de Danton, de Hebert y de Chaumette se paseán todavía entre nosotros,—les dijo en la sesion del 26.—Buscan perpetuar

los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion, y ésta la merece, pero existen aún algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya de que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente,—añadió,—su número es pequeño, y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!»

Frecuentemente estallaban altercados en el comité de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud-Varenes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviros se proponian hacer del decreto de Prairial. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion?»—dijo un dia á Robespierre. Carnot y el mismo Collot-d'Herbois reprendian en térmi-



nos injuriosos á Robespierre la opresion que hacía pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just, que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un jóven inexperto. Vadier, presidente del comité de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas, y la expresaba con más rusticidad.

Las fiestas de Clichy.—Pág. 437.

El dia ántes en que Elías Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué al comité. «Mañana—dijo á Robespierre—daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Sainte-Amaranthe.» «Tú no harás nada»,—le dijo imperiosamente Robespierre. «Lo haré,—repuso Vadier.—Tengo todas las pruebas en mi poder, y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera.» «Pruebas